LOS HECHOS DE GUERRA

José Luis Isabel Sánchez
Coronel Profesor Emérito de la Academia de Infantería

LOS COMIENZOS DE LA INVASIÓN

Toledo estableció contacto por vez primera con las tropas invasoras francesas el 21 de abril de 1808 con la llegada de un destacamento francés encargado de preparar el alojamiento del cuerpo de ejército del mariscal Dupont, que haría su entrada en la Ciudad el día 25 y que permanecería en ella hasta su salida el 23 de mayo camino de Andalucía, dejando al general Vedel, quien tras su partida al mes siguiente mantendría en Toledo una pequeña guarnición.

En su desplazamiento hacia Andalucía, Dupont atravesó las provincias de Toledo y Ciudad Real, pasando por Mora, Madridejos, Manzanares, Valdepeñas y Santa Cruz de Mudela, y tras dejar destacamentos en estas poblaciones con el fin de asegurar su comunicación con Madrid, cruzó el paso de Despeñaperros el 31 de mayo. Dos días después, el pueblo andaluz, enterado de los sucesos del 2 de mayo en Madrid, se levantaba contra el invasor, extendiéndose la insurrección hacia Ciudad Real.

El día 5 de junio fue atacada y aniquilada en Santa Cruz de Mudela parte de la guarnición -alrededor de 500 hombres- que se había dejado en ella custodiando un parque de intendencia, mientras grupos de paisanos detenían la circulación por Despeñaperros a tropas rezagadas de Dupont.

Al día siguiente se presentaron ante Valdepeñas fuerzas al mando del general Liger-Belair, a las que la Junta Local prohibió que pasasen por sus calles, lo que provocó un ataque por parte de la caballería francesa, que fue emboscada y acuchillada en el interior del pueblo; repetido el intento, volvió a fracasar, por lo que los franceses decidieron incendiar la población, que comenzó a arder por sus cuatro costados. Por fin tuvo Valdepeñas que capitular, pero sin aceptar el paso por ella, viéndose obligados los franceses a regresar a Manzanares. El valeroso comportamiento de esta población le haría merecer el título de “Muy heroica ciudad”. En estos combates participó el que más tarde se convertiría en jefe de partida, Francisco Abad Moreno, conocido por el sobrenombre de “Chaleco”.

Defensa del parque de Monteleón. Real Fábrica de loza de Sargadelos, 1814. Asamblea Provincial de la Cruz Roja de la Comunidad de Madrid.

Mientras tanto, numerosos paisanos voluntarios habían procedido a cerrar el paso por Despeñaperros a tropas y mensajeros, hiriendo y haciendo prisionero al general René, quien sería posteriormente asesinado en unión de dos subordinados que le acompañaban.

El general Liger unió sus fuerzas a las de Vedel, que el 16 de junio había partido de Toledo para unirse a Dupont, y ambos atravesaron Valdepeñas el día 26 sin ningún contratiempo y consiguieron posteriormente abrir la comunicación a través de Despeñaperros.

Mientras tanto, el mariscal Moncey iniciaba el 4 de junio su avance hacia Valencia, pasando por Santa Cruz de la Zarza y Tarancón, y haciendo su entrada el día 11 en Cuenca, donde permanecería durante una semana. Al partir, dejó una guarnición en la Ciudad, a la que se enfrentarían sus habitantes hasta reducirla y hacerla prisionera. Con el fin de reprimir el levantamiento y liberar a la guarnición, el 26 de junio fue enviado el general Caulaincourt a Cuenca, en cuyas proximidades recibió el 3 de julio algunos disparos de vecinos incontrolados, sin que de nada valiese que miembros del Cabildo saliesen a su encuentro portando bandera blanca, pues fueron recibidos a tiros, permitiendo este duro comportamiento adivinar cuáles iban a ser sus posteriores intenciones. El general francés entró en la Ciudad asesinando a cuantos encontraba a su paso, sin hacer distinciones de sexo o edad, lo que provocaría la huida de sus habitantes. A continuación, sus tropas se dedicaron al saqueo, profanando templos, destruyendo casas y comportándose de forma indigna con las monjas de los conventos de clausura, lo cual merecería la total reprobación y repulsa del mariscal Moncey al tener conocimiento de ello.

Entretanto, la expedición a Valencia había continuado el viaje por Tórtola, Valverde de Júcar, Buenache, Motilla del Palancar, Minglanilla y otros pueblos, en la mayoría de los cuales las tropas francesas habían sido recibidas con hostilidad.

El día 21 llegó Moncey al río Cabriel, límite entre las provincias de Cuenca y Valencia, donde trataron de detenerle fuerzas españolas, librándose en el puente del Pajazo el primer combate que tuvo lugar en nuestra Región entre fuerzas regulares, en el que seríamos derrotados, pudiendo los franceses continuar su marcha hacia Valencia.

La lentitud en el avance de Moncey había obligado a Murat a enviar desde Madrid al general Exelmans para comunicar a aquél la orden de imprimir una mayor rapidez a la marcha y con el fin de que tomase el mando de la vanguardia, si fuera preciso. Creyendo que Moncey había partido ya de Cuenca, Exelmans trató de acortar camino dirigiéndose por Tarancón a Valverde de Júcar, pero a su paso por Saelices, el 16 de junio, sería detenido en unión de su comitiva por un grupo de paisanos y llevado a la Ciudad del Turia.

Tras el fracasado asalto a Valencia del 28 de junio, Moncey tuvo que emprender al día siguiente el viaje de regreso, eligiendo esta vez su camino por el puerto de Almansa y alcanzando el 6 de julio Albacete, abandonada por sus habitantes y que sufrió el saqueo de los franceses. El día 10 llegó la expedición a San Clemente, donde se le unió la división Frère, que permanecía en esta población desde el mes anterior con la misión de servirle de apoyo a él o a Dupont en caso de que lo necesitasen.

LA ENTRADA DE NAPOLEÓN EN ESPAÑA

El 19 de julio fue derrotado Dupont en Bailén y el 22 se firmaron las Capitulaciones de Andújar, por las que las tropas francesas combatientes se consideraban prisioneras de guerra y debían quedar desarmadas incluso aquellas que no habían tenido tiempo de intervenir en la acción. El 28 llegaba la noticia a Madrid y el 1 de agosto José I abandonaba la capital, tras haber permanecido en ella solamente once días. En ese mismo día comenzaba el desembarcó de tropas inglesas al mando del general Arthur Wellesley, que vencía a Junot en Vimeiro el día 21 y le obligaba, a través del Convenio de Cintra, a retornar por mar a Francia.

Libre gran parte de España de la presión de los franceses, la ocasión fue aprovechada para dar cohesión a la acción militar, a pesar de las discrepancias existentes entre los generales, que el 5 de septiembre se oponían al nombramiento de un comandante en jefe.

Aprovechando la calma, en la reunión que el Claustro de la Universidad de Toledo tuvo el 14 de agosto se expuso la idea de organizar un batallón compuesto por profesores y estudiantes. Enseguida se decidió el uniforme que debía vestir el que sería llamado Batallón de Voluntarios de Honor de la Real Universidad de Toledo, así como la forma de atender a sus necesidades económicas, aspecto en el que colaborarían tanto la Universidad como los mismos profesores a título particular.

Puesto el proyecto en conocimiento de la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino, que el 25 de septiembre se había instalado en el Palacio Real de Aranjuez presidida por el conde de Floridablanca, fue aceptada la idea, por lo que se envió a Toledo al capitán don Bartolomé Obeso para que dirigiese la formación militar del Batallón.

Durante el tiempo en que la Junta Suprema desempeñó sus cometidos en Aranjuez trató de imponer su criterio a las fuerzas combatientes, pero no lo consiguió, por lo que éstas seguirían dirigidas por las respectivas Juntas Provinciales, con las consiguientes dificultades para coordinar sus acciones.

Fruto de esta situación fue que el 24 de octubre resultasen derrotadas nuestras tropas en Zornoza y, tras la entrada de Napoleón en España el 4 de noviembre, volvieran a serlo en Espinosa de los Monteros (9 de noviembre), Gamonal (10 de noviembre) y Tudela (23 de noviembre).

Los escasos recursos defensivos que presentaba Madrid ante el avance de los franceses obligaron a adelantar su defensa a Somosierra, ocupándose el mariscal don Benito San Juan del mando de las escasas fuerzas que se pudieron reunir. La vanguardia ocupó Sepúlveda, pero ante el temor a ser envuelta por el enemigo tuvo que dirigirse a Somosierra, donde las fuerzas españolas no pudieron resistir el impetuoso empuje de las francesas, por lo que el día 30 de noviembre tuvieron que retirarse a Segovia y a continuación a Madrid, desde donde emprendieron la marcha hacia Extremadura. A su paso por Talavera de la Reina, el general San Juan sería asesinado el 7 de diciembre al tratar de imponer orden a unas tropas indisciplinadas.

La Junta Central, ante la amenaza del enemigo sobre Madrid, había ordenado al general Castaños que al frente del Ejército del Centro se trasladase desde Calatayud a Sigüenza, como así había hecho,

llegando el día 29 y no pudiendo participar en la defensa de Somosierra. Fue entonces relevado en el mando por el general don Manuel de la Peña, quien el 1 de diciembre se dirigió por Jadraque a Guadalajara, donde entró el día 4, pero la ocupación de Madrid en ese mismo día por el enemigo le obligó a retirarse por Santorcaz, Villarejo de Salvanés y Tarancón hacia Cuenca, donde el Ejército, ya bajo el mando del general don Pedro Alcántara Álvarez de Toledo, duque del Infantado, entró el 10 de diciembre.

Días antes, el parte enviado por el general don Benito San Juan a la Junta Suprema, en el que le comunicaba que no había podido detener a los franceses en Somosierra y que se había retirado a Segovia, había obligado a ésta a trasladarse el 1 de diciembre desde Aranjuez a Toledo, de donde partiría tres días después con rumbo a Badajoz escoltada por el Batallón de la Universidad toledana. En su viaje, la Junta pasó por Talavera de la Reina y Trujillo, decidiendo en esta última población dirigirse a Sevilla en lugar de a Badajoz. Tras pasar por Mérida, el 17 de diciembre llegó la Junta a Sevilla.

Ante la proximidad de los franceses, Toledo había sido abandonada por muchos de sus habitantes en los primeros días de diciembre. El 13 entró en la Ciudad el mariscal Claude Perrin Víctor, duque de Bellune, mientras unidades de caballería ocupaban Bargas, Olías, Villaluenga, Ajofrín, Sonseca y otras localidades de los alrededores de la Capital.

Durante los diez días que los franceses permanecieron en Toledo causaron cuantiosos daños en los edificios en que se alojaron, destruyendo por el fuego los conventos de San Juan de los Reyes y de los Trinitarios Descalzos.

Partida de soldados de Antonio González Velázquez. Museo Nacional del Prado. Madrid

LA BATALLA DE UCLÉS

Reorganizado el Ejército del Centro en Cuenca, el duque del Infantado ordenó al mariscal de campo don Francisco Javier Venegas de Saavedra y al brigadier don Antonio Senra que al frente de sus respectivas divisiones expulsasen a la caballería francesa que ocupaba Tarancón y Santa Cruz de la Zarza, para despejar de enemigos aquella parte del Tajo. Preparado el ataque a Tarancón para la noche del 24 al 25 de diciembre, la nieve caída en los días anteriores y en el del ataque, así como la densa niebla, impidieron la actuación conjunta de la caballería propia, con lo cual no se pudo obtener el resultado que se esperaba.

El temor de que se volviesen a repetir estas acciones y que incluso Madrid fuese atacada obligaron al mariscal Víctor a salir de Toledo y a dirigirse al encuentro del Ejército del Centro, lo que hizo que el general Venegas se retirase a Uclés en la noche del día 11 de enero, a la espera de que le llegasen órdenes desde Cuenca.

El duque del Infantado no se molestó en enviar instrucciones ni el general Venegas hizo lo que parecía más prudente, retirarse hacia Cuenca, decidiendo esperar al enemigo, con el que se estableció contacto al día siguiente y al que se enfrentó el 13, sufriendo una grave derrota en la que su División quedó totalmente destruida, consiguiendo Venegas huir a duras penas y unirse al duque del Infantado en Carrascosa del Campo.

Mientras los franceses saqueaban Uclés, asesinaban y cometían todo tipo de desmanes contra la población y los prisioneros, el Ejército del Centro volvió a Cuenca perseguido por la caballería francesa, que en Tórtola alcanzó su retaguardia y se apoderó de la artillería e impedimenta. Continuó la retirada por Valverde del Júcar y Motilla del Palancar, entrando en la provincia de Albacete y pasando por Chinchilla y Hellín, para por Elche de la Sierra dirigirse a Santa Cruz de Mudela, donde se situó. El 22 de enero entraba nuevamente en Madrid José Napoleón, el rey intruso.

Tras haber vencido en Uclés y conseguido que el Ejército del Centro se alejase de Madrid, el mariscal Víctor se desplazó el 27 de enero hacia el oeste con el fin de presionar a las fuerzas españolas situadas entre Alcázar de San Juan y Quintanar de la Orden, llegando a Madridejos el 29 la vanguardia, que sería atacada en ese mismo día por tropas españolas venidas de Manzanares. El ejército francés se retiró seguidamente a Toledo, donde entró el 3 de febrero tras situar a la caballería en una línea que desde Los Yébenes se extendía por Consuegra hasta Madridejos.

EL EJÉRCITO DE LA MANCHA

Las fuerzas napoleónicas, en su incontenible avance, se habían extendido por las provincias de Toledo y Ciudad Real, llegando hasta Manzanares y quedando únicamente Villacañas libre de enemigos.

Se propuso entonces la Junta Central reunir a todos los combatientes que a raíz de las derrotas sufridas se habían refugiado en Sierra Morena, cuyo mando dio al general don Domingo Mariano de Trag-

gia y Uribarri, marqués de Palacio, que se estableció en La Carolina, donde se habían acogido las Juntas Provinciales de Andalucía, Ciudad Real y Extremadura.

En el mes de febrero de 1809 la Junta Suprema Central decidió unir los restos del Ejército del Centro con el de La Carolina o Sierra Morena, formando el llamado Ejército de La Mancha, con Cuartel General en Ciudad Real y cuyo mando le fue confiado al general don José de Urbina y Urbina, conde de Cartaojal, con la misión principal de actuar en coordinación con el Ejército de Extremadura, mandado por el general don Gregorio García de la Cuesta. Las fuerzas de La Mancha se acantonaron en la provincia de Ciudad Real, con la caballería en Carrión de Calatrava, Torralba de Calatrava y Daimiel hasta Manzanares, mientras la infantería se situaba detrás de Valdepeñas.

Una de las primeras acciones ordenadas por Cartaojal fue la incursión hacia tierras de Toledo de la división mandada por el general don José María de la Cueva y de la Cerda, duque de Alburquerque, con el fin de aliviar la presión que los franceses mantenían sobre el Ejército de Extremadura. El 18 de febrero se aproximó Alburquerque a Mora, ocupada por unos 500 dragones al mando del general Dijon, con el fin de tratar de rodearlos y apresarlos, pero al haberse extraviado toda la infantería y parte de la caballería debido a una equivocación de un guía, hubo de limitarse a lanzar un ataque que obligó al enemigo a abandonar la población; perseguido éste en dirección a Toledo, se le causó alrededor de cien bajas y cayó en poder de los españoles, entre otros efectos, el coche de mulas del general francés, con todo su equipaje. La reunión de tropas francesas procedentes de Toledo, Aranjuez y Madrid, hasta formar un contingente de 11.000 infantes y 3.000 jinetes, hizo a Alburquerque retirarse el 19 a la localidad de Consuegra, ante la que el 22 se presentó el enemigo, entablándose un duelo de artillería entre ambos, que cesó cuando los españoles retrocedieron hasta Manzanares.

Lejos de allí, a finales de febrero se dirigían fuerzas francesas a Guadalupe cuando fueron atacadas por dos batallones del Ejército de Extremadura, que les obligaron a cruzar el Tajo por El Puente del Arzobispo y a dirigirse hacia la Sierra de Gredos, aprovechando su paso por Navalcán y Arenas de San Pedro, el día 26, para saquear estos pueblos en venganza por la muerte días antes en esta zona de varios dragones.

Iniciado por Cartaojal su avance hacia Toledo, el 24 de marzo llegó a Los Yébenes, donde la vanguardia estableció contacto con el Regimiento de Lanceros Polacos del Vístula, que formando parte del ejército del general Sebastiani había salido de Toledo el día 20 y que, en su camino hacía Sierra Morena, había llegado a esta población el día anterior. Las fuerzas enemigas, al verse rodeadas, se retiraron por el camino de Orgaz, sobre el que se hallaban desplegados los Carabineros Reales al mando del general don Francisco Javier de Idiáquez y Carvajal, vizconde de Zolina, quien las desorganizó e hizo cien prisioneros, entre ellos tres oficiales, apoderándose al mismo tiempo de los estandartes de los cuatro escuadrones, que les habían sido entregados por Napoleón en Italia en 1808 y que iban en uno de los carros de los equipajes.

Tras el combate, Cartaojal trató de retirarse hacia Consuegra huyendo de las fuerzas enviadas por los franceses en auxilio de los polacos, pero al encontrar esta localidad ya ocupada por el enemigo hubo de retornar por Malagón a Ciudad Real, donde entró el día 25.

Al día siguiente, Sebastiani, que había seguido a las tropas españolas, cruzó el Guadiana y se presentó delante de Ciudad Real, obligando a Cartaojal a efectuar una salida, con la que consiguió forzar al enemigo a repasar el Guadiana, entablándose entre ambos contendientes un duelo artillero. Reforzado el contrario con nuevas tropas, los españoles debieron abandonar Ciudad Real el día 27, siendo perseguidos y acosados por Sebastiani y arrollada la infantería; se produjo entonces una gran confusión, sin que el General en Jefe diese orden alguna para remediarla. Una vez reunida la infantería en Moral de Calatrava, se continuó la retirada por Valdepeñas, pero el Ejército de La Mancha volvió a ser atacado, esta vez en Santa Cruz de Mudela y el Viso, teniendo que refugiarse en Sierra Morena, mientras los franceses se establecían en Santa Cruz después de deshacer a las fuerzas del general De la Peña. Como consecuencia de los errores cometidos por el vizconde de Cartaojal, sería sustituido el 6 de abril en el mando por el general Venegas.

Desde Sierra Morena Venegas realizó durante los meses siguientes frecuentes incursiones en territorio enemigo, con el fin de levantar los ánimos de las poblaciones de La Mancha y Toledo, actuar contra las descubiertas del contrario y evitar en lo posible los saqueos. En mayo el general don Pedro Grimarest recorrió con este fin las localidades de Villahermosa, Ruidera, Valdepeñas, Alcubillas y La Solana (Ciudad Real), enfrentándose al enemigo en diversas acciones. Este mismo General dirigió al mes siguiente en la provincia de Toledo otra incursión, que por Lillo y La Guardia llegaría hasta Aranjuez, donde se apoderaron de alrededor de 25 caballos, 500 yeguas, 230 potros y 600 mulas que estaban dispuestos para ser enviados a Francia.

El último hecho de guerra que se produjo en la actual Castilla-La Mancha antes de la batalla de Talavera fue la llamada sorpresa de Torralba de Calatrava. El general Venegas, situado en el Puerto del Rey, uno de los pasos de Sierra Morena, avanzó el 14 de junio hacia Villarrubia de los Ojos, pero, presionado por el enemigo, tuvo que retirarse a Daimiel, donde el brigadier don Luis de Lacy y Gauttier, que mandaba la Vanguardia del Ejército, se ofreció a atacar por sorpresa a la vanguardia francesa, formada por cinco regimientos de caballería que ocupaban Torralba, para lo cual retrocedió hasta Almagro y en la noche del 28 de junio se aproximó a la población con el fin de reconocerla, pero, rota la sorpresa, los franceses desplegaron y atacaron a los españoles, que, tras rechazarlos y desordenarlos, les obligaron a abandonar aquella población. Para evitar la repetición de estas acciones, José Napoleón, al mando de fuerzas pertenecientes al mariscal Víctor, de su guardia personal y de la reserva, se unió al Cuerpo de Ejército de Sebastiani y llegó hasta Almagro, pero Venegas no aceptó el combate y se retiró a Santa Elena, al otro lado de Despeñaperros, por lo que los franceses volvieron a su lugar de partida.

LAS BATALLAS DE TALAVERA, ALMONACID Y OCAÑA

Juzgando el ministro de la Guerra que las fuerzas francesas que ocupaban el centro de la Península se encontraban en inferioridad numérica con respecto a las españolas y aliadas, decidió llevar a cabo una acción conjunta de los Ejércitos de Extremadura y La Mancha con la que se pretendía dar fin a la ocupación de Madrid. El mando de ambos Ejércitos se le confió al general Cuesta.

Con el fin de preparar la maniobra, el general Wellesley se puso en marcha el 27 de junio y el 3 de julio cruzó la frontera portuguesa y penetró en España, entrevistándose el 10 con el general Cuesta y acordando que las fuerzas de sir Robert Wilson, formadas por españoles y portugueses, deberían partir el día 16 para ocupar los pueblos de la margen derecha del Alberche; a su vez, Wellesley cruzaría el 18 el Tiétar por La Bazagona y, tras pasar por Oropesa y El Casar de Talavera, establecería contacto con Wilson, mientras Cuesta salvaría el 19 el Tajo por los puentes de Almaraz y de El Puente del Arzobispo y ocuparía una línea entre El Casar de Talavera y el puente de tablas existente sobre el Tajo en Talavera de la Reina. Al mismo tiempo, Venegas llevaría a cabo una acción de distracción, partiendo de Santa Cruz de Mudela, para, tras pasar el Tajo por Fuentidueña de Tajo, marchar sobre la capital de España.

No estuvo del todo conforme con estos planes el general Wellesley, ya que, si bien en el enfrentamiento con los Cuerpos de Ejército de Víctor y Sebastiani no parecía haber problema alguno, temían los ingleses que las fuerzas de Soult y Ney, viniendo de Galicia, les cortasen la retirada hacia Portugal.

El Ejército de La Mancha inició su marcha desde Sierra Morena el 19 de julio, pero su avance fue muy lento, dando tiempo a Sebastiani a replegarse a la línea del Tajo y a establecer su cuartel general en Toledo el día 24.

Mientras tanto, las fuerzas de Wellesley y Cuesta rompían también su marcha, situándose el día 21 entre Oropesa y Velada y estableciendo contacto la vanguardia al día siguiente con la caballería francesa, pero la aparición de los ingleses hizo a Víctor desplazarse a la otra margen del Alberche, disponiendo en Cazalegas el cuartel general.

Wellesley propuso a Cuesta atacar el día 23, pero, inexplicablemente, el General español rehusó y se inclinó por hacerlo al día siguiente, lo que daría tiempo a los franceses, amenazados por las tropas de Wilson, que habían alcanzado Escalona, a abandonar sus posiciones en el Alberche durante la noche del 23 y dirigirse por Santa Olalla y Torrijos hacia Toledo.

Wellesley se negó entonces a proseguir el avance, aduciendo falta de provisiones, por lo que Cuesta continuó en solitario su aproximación hacia el enemigo, llegando el 24 a Cebolla y al día siguiente a la línea Santa Olalla-Torrijos, obligando a los franceses a retirarse tras el río Guadarrama.

Ese mismo día se unieron en Bargas a las tropas de Víctor las que José Napoleón había conseguido reunir en Madrid y el cuerpo de ejército con el que Sebastiani seguía los movimientos de Venegas en La Mancha, consiguiendo con ello reunir mayores efectivos que los de Cuesta y aliados, por lo que, ante el imprudente avance de éste, decidieron los franceses lanzarse al ataque sobre ellas, chocando al día siguiente con la vanguardia española en Torrijos y Alcabón (Toledo), encuentro que causó grandes bajas al Regimiento de Dragones de Villaviciosa, en cuyo auxilio tuvo que acudir la caballería del duque de Alburquerque, mientras las fuerzas de Cuesta se vieron obligadas a retroceder, no siendo perseguidas por las francesas, que se dedicaron a saquear y a cometer desmanes en Alcabón. El general Cuesta se detuvo en la margen izquierda del Alberche y allí se mantuvo durante la noche del 26 al 27, pasando a la otra orilla del río al llegar la mañana siguiente.

Dispuestas para el choque, las tropas españolas y aliadas adoptaron su dispositivo de combate entre Talavera y poco más allá del cerro de Medellín, comenzando al mediodía la acción, que se detendría al avanzar la noche y se reanudaría al amanecer del día 28.

Tras un fracasado segundo intento de los franceses en la toma del cerro de Medellín, José Napoleón decidió llevar a cabo un ataque general de todas las fuerzas, que, ante la inutilidad del mismo, fue suspendido al llegar la tarde, permaneciendo los franceses en las posiciones alcanzadas hasta que el día 29 se retiraron el Rey intruso y Sebastiani a Santa Olalla y seguidamente el 31 a Illescas, enviando una división a Toledo para neutralizar a las fuerzas de Venegas, que bloqueaban la ciudad. Víctor se retiró el 1 de agosto a Maqueda y Santa Cruz de Retamar para contrarrestar a las fuerzas de Wilson, mientras las tropas españolas y aliadas continuaron en Talavera de la Reina, hasta que en la madrugada del día 3 de agosto los ingleses abandonaron esta población, que sería ocupada por el mariscal Víctor tres días más tarde. El 7 tuvieron también que retirarse las fuerzas españolas que bombardeaban Toledo.

El recién nombrado por su país vizconde de Wellington había planeado salir al encuentro del cuerpo de ejército de Soult, pero temeroso de la superioridad de éste, cruzó el Tajo por El Puente del Arzobispo, entró en la provincia de Cáceres y, decidido a no enfrentarse a los franceses, continuó el repliegue, llegando a Deleitosa el día 7. Cuesta, que era partidario de resistir en Oropesa, no tuvo más remedio que proteger la retirada de Wellington, por lo que salió de Talavera en la noche del 3 de agosto y entró en Extremadura después de dejar fuerzas en El Puente del Arzobispo y en los vados de Azután.

Reunidos los cuerpos de ejército de Víctor y Soult con el fin de forzar el paso del Tajo por El Puente del Arzobispo, el 8 de agosto comenzó el ataque, consiguiendo la caballería francesa vadear el río por sorpresa debido a la escasa vigilancia que mantenían los españoles, que fueron sorprendidos por la retaguardia y obligados a retirarse desordenadamente hacia Guadalupe y Valdelacasa del Tajo, dejando artillería y bagajes abandonados por el camino.

Mientras esto ocurría, aprovechando que Sebastiani se había retirado de Daimiel para unir sus fuerzas a las de Víctor, el Ejército de La Mancha, compuesto por cinco divisiones de infantería y una de caballería, comenzó su avance hacia Toledo el día 23 de julio. Cuatro días después, mientras la división del general Lacy se dirigía por Mora hacia Toledo, y Venegas con otras dos divisiones marchaba por Tembleque hacia Aranjuez, las dos últimas divisiones se dirigieron a Ocaña. Toledo quedó bloqueado a partir del día 28 de julio, siendo rechazadas todas las salidas que intentaron los franceses.

El día 29 ocupó Venegas Aranjuez, donde al día siguiente recibió un parte del general Lacy, situado en el convento de Nuestra Señora de la Sisla, a escasa distancia de la ciudad de Toledo, en el que le informaba que el enemigo penetraba en Toledo, creyendo que se trataba de un ataque en lugar de la retirada provocada como consecuencia de la batalla de Talavera, por lo que fue llamado a Aranjuez, donde con tres divisiones estableció la defensa sobre los puentes que cruzaban el Tajo, mientras Venegas se situó con las otras dos en el camino hacia Ocaña. El día 5 fueron rechazadas las fuerzas de Sebastiani, entre 14.000 y 15.000 hombres, que trataban de cruzar el río, tras un duro combate que se alargó durante tres horas y que le obligó a retirarse a Toledo, cruzando el río el día 9 por los puentes de esta ciudad y por los vados de Añover, lo que decidió a Venegas concentrar al día siguiente a todas sus fuerzas en Almo-

nacid, dispuesto a presentar batalla, como así haría el día 11, siendo derrotado y sus tropas dispersadas tras sufrir alrededor de 4.000 bajas. Lo que sobrevivió del Ejército de La Mancha tuvo que retirarse a Manzanares y posteriormente a Sierra Morena para reorganizarse. Así, de esta forma tan penosa, se daba fin a la campaña de Talavera.

Manteniendo la Junta su plan ofensivo, el 3 de noviembre inició el general don Juan Carlos de Aréizaga y Alduncín, nombrado el mes anterior jefe del Ejército de La Mancha, su camino hacia la capital de España, llevando consigo siete divisiones de infantería y una de caballería, que, divididas en dos columnas, avanzaron una por Manzanares y otra por Valdepeñas, rechazando el 8 de noviembre en la Cuesta del Madero -pasado el pueblo de La Guardia- a la caballería enemiga y persiguiéndola hasta Dos Barrios y seguidamente hasta Ocaña, de cuya población se expulsó a la guarnición, que se replegó a Aranjuez.

El día 11 se reunieron todas las fuerzas españolas en Ocaña, dispuestas para marchar hacia Madrid, pero el avance se hizo interminable por lo lento e indeciso y terminó con el acantonamiento de las tropas entre Santa Cruz de la Zarza y el Tajo.

El día 14 se reinició la marcha, dirigiéndose las fuerzas hacia Villamanrique del Tajo para atravesar el río, pero, habiendo acudido los franceses para impedirlo, en la noche del día 17 variaron su rumbo hacia Ocaña, donde llegaron en la noche del día siguiente.

Ese mismo día 18 se adelantó la caballería del general Bernuy hacia Aranjuez, topándose en Ontígola con la enemiga, que rechazó a la española, perdiendo la vida durante la refriega el general París a manos del dragón don Vicente Manzano, perteneciente al Regimiento de Pavía; en esta misma acción sería dado por muerto, después de recibir once heridas, el alférez de las Reales Guardias de Corps don Ángel de Saavedra y Ramírez de Baquedano, notable escritor conocido por el título de duque de Rivas.

La extraña actitud de Aréizaga había dado tiempo a los franceses a reunir en Aranjuez a los Cuerpos de Ejército de Sebastiani y Mortier y a la reserva mandada por Desolles, mientras Víctor se aproximaba a Ocaña.

El día 19 de noviembre las tropas españolas estaban situadas alrededor de Ocaña y preparadas para el combate, que resultaría catastrófico para nuestras armas debido a los errores cometidos por el general en jefe, sufriendo el ejército español la pérdida de unos 20.000 hombres y cayendo en poder del enemigo tres generales, seis coroneles y setecientos oficiales.

Deshecho el Ejército, sus restos se volvieron a refugiar en Sierra Morena, mientras todo el país se lamentaba de los desastres que le habían afligido durante aquel maléfico año, en el que se habían perdido Zaragoza y Gerona y sufrido las derrotas de Ciudad Real, Medellín, Puente del Arzobispo, Ocaña y Alba de Tormes.

LA ACTUACIÓN DE LAS PARTIDAS

La dispersión de las tropas producida tras cada derrota de nuestros ejércitos, la persecución sufrida por los paisanos que, con las armas en la mano, se oponían al invasor, y que en ocasiones eran denunciados por sus convecinos afrancesados, los deseos de venganza por los asesinatos, ultrajes y saqueos cometidos por el enemigo, hicieron a militares y civiles buscar refugio en zonas alejadas del control francés, en las que posteriormente se reunieron formando partidas o guerrillas, que si en un principio dispusieron de escasos efectivos llegarían con el paso del tiempo a encuadrar a miles de combatientes y a incorporarse en ocasiones a las fuerzas regulares para combatir encuadrados en sus filas.

En los primeros momentos de la contienda las partidas recibieron un abundante caudal de guerrilleros procedentes de entre los desertores de las unidades españolas que los franceses pretendieron utilizar en su favor o crearon. Un ejemplo de estos casos es el del Escuadrón de Carabineros Reales, que, tras su organización en Ocaña el 11 de julio de 1808, fue enviado a Chinchón, desertando algunos de sus componentes antes de partir y otros a lo largo del trayecto y a su llegada, reuniéndose todos ellos en Rielves para organizar una partida que el día 16 se unió a la de Azlor en Retuerta de Bullaque. Dos meses después de estos hechos, el Regimiento de Infantería de Voluntarios de Aragón y un batallón del Regimiento de Saboya, que habían recibido órdenes de trasladarse desde Madrid a Badajoz, a su paso por Talavera se negaron a seguir a sus jefes y se unieron a los paisanos, que les habían animado a sumarse a la defensa de la Patria.

El rápido desarrollo de las partidas haría que la Junta Central aprobase el 28 de diciembre de 1808 el *Reglamento de partidas y quadrillas*, con el que pretendía dar a aquéllas una organización de tipo militar que facilitase sus acciones al evitar la dispersión de las mismas. A través de este *Reglamento* se animó a los contrabandistas a que se presentasen para formar partidas, a las que se le dio el nombre de "cuadrillas", ofreciéndoles el indulto de los delitos que hubiesen cometido.

Un segundo reglamento sería aprobado el 11 de julio de 1812, a través del cual se proponía a los españoles a multiplicar las partidas y se fijaba que éstas dependerían del general en jefe de cada Distrito, y en el caso de que fuese conveniente que varias de ellas actuasen conjuntamente, el general en jefe nombraría a un militar profesional para dirigirlas. Terminaba el Reglamento dando normas sobre el comportamiento de las partidas, formas de actuación y derechos y obligaciones de sus componentes.

Dos años después, el 28 de julio de 1814, quedarían disueltas las partidas, licenciados sus componentes y fijada la forma de incorporarse a las Milicias Urbanas de aquellos guerrilleros que deseasen seguir sirviendo en el Ejército con el empleo que hubiesen obtenido.

Perfectos conocedores del terreno que elegían para ejecutar sus acciones y que posteriormente utilizaban para ocultarse, los guerrilleros produjeron al enemigo continuos quebraderos de cabeza, causando muchas bajas, sembrando la inquietud, minando la moral del contrario e impidiendo la circulación de los convoyes de avituallamiento y de los correos, tan necesarios estos últimos para coordinar el movimiento de las tropas y mantener informado al mando.

La actividad de las partidas obligaría a los franceses a detraer importantes efectivos de los campos de batalla para emplearlos en destacamentos fijos que se establecían en las poblaciones con el fin de proporcionar seguridad a los caminos que las atravesaban y a los almacenes de alimentos y equipo que se establecían en ellos para tratar de garantizar el avituallamiento del ejército francés.

El Gobierno intruso se enfrentó a las partidas, además de con fuerzas regulares, con contrapartidas formadas por españoles y con las Milicias Urbanas creadas en junio de 1809 en los pueblos que les eran afectos.

En la actual Castilla-La Mancha llegaron a actuar cerca de treinta partidas, que combatieron en varias provincias e incluso en otras regiones. De las veinte mayores partidas que lucharon en España, seis de ellas lo hicieron en nuestra Región, siendo la más numerosa de todas ellas la de de Juan Martín Díez "El Empecinado", que combatió en la provincia de Guadalajara. En la de Cuenca lo hicieron las del marqués de las Atalayuelas y de José Martínez de San Martín; la de Juan Palarea Blanes "El Médico" en Toledo y las de Ventura Jiménez y Francisco Abad "Chaleco" en Ciudad Real. Según autores franceses, las partidas llegaron a causar más bajas entre los franceses que las producidas en enfrentamientos contra el ejército español.

Ante la imposibilidad de tratar de todas ellas, haremos una selección de los personajes y hechos principales en los que intervinieron.

"EL EMPECINADO"

Había nacido en Castrillo de Duero (Valladolid) y combatido en la Guerra del Rosellón (1793-1795). Residía en Fuentecén (Burgos) cuando antes del 2 de mayo organizó una partida, de la que llegarían a formar parte tres de sus hermanos y un primo, con la que actuó sobre la carretera que unía Madrid con Burgos, en las inmediaciones de Aranda de Duero. Tomó parte a las órdenes del general Cuesta en la acción del puente de Cabezón (12.06.1808) y en la batalla de Medina de Rioseco (14.07.1808), ambas en la provincia de Valladolid, decidiéndose posteriormente por la lucha de guerrillas.

En el mes de septiembre de 1809 fue enviado a Guadalajara por la Junta Central para que distrajese a las fuerzas de guarnición en Madrid y para librar a los pueblos de la provincia de la opresión a que les tenían sometidos los franceses. No sólo luchó en la provincia de Guadalajara sino también en la de Cuenca, en las que realizó muchas de las hazañas que le hicieron famoso y temido, hasta el punto de que los franceses tuvieron que dedicar a uno de sus renombrados generales exclusivamente a la persecución y destrucción de su partida, acciones en las que fracasaría.

Fue uno de sus jefes de escuadrón Saturnino Abuín, apodado "El Manco", por haber perdido la mano izquierda en septiembre de 1809 durante la acción que tuvo lugar en El Casar de Talamanca (Guadalajara). En abril de 1810 perdió en Marchamalo (Guadalajara) el dedo meñique de la única mano que le quedaba y en enero de 1812 se pasó al enemigo y combatió a quien había sido su jefe. Marchó a

Francia al término de la guerra y no regresó a España hasta 1820, no siéndole entonces reconocidos los servicios que había prestado durante la Guerra de la Independencia. Durante la primera guerra civil llegaría alcanzar el empleo de brigadier de Caballería y a ser recompensado con la Cruz Laureada de San Fernando, máxima condecoración militar para premiar el valor en grado heroico.

"El Empecinado" llegó a impedir las salidas de la guarnición francesa de Guadalajara y a interceptar cuantos correos y convoyes circulaban por el territorio que dominaba, por lo que fue enviado a combatirle al general Joseph Leopold Sigisbert Hugo –padre del afamado escritor Victor Hugo-, que había triunfado en su lucha en Nápoles contra los guerrilleros y creyó poder hacer lo mismo en España.

Alcanzó "El Empecinado" en septiembre de 1810 el empleo de brigadier -hoy en día general de brigada- y en octubre de 1814 el de mariscal de campo -equiparado en la actualidad a general de división-. Fue tal la importancia que adquirió su partida, que en 1811 fue convertida en 5ª División del 2º Ejército.

Tras la derrota francesa en Los Arapiles (22.07.1812) y el abandono de Madrid por parte de José Napoleón, "El Empecinado" fue el primero en entrar en la capital de España el 12 de agosto, junto con las partidas de "El Médico", "Chaleco" y "El Abuelo".

Al término de la guerra fue autorizado a firmar con su pseudónimo después del nombre. Sus ideas liberales le hicieron apoyar el régimen impuesto tras el levantamiento de Riego, persiguiendo a los absolutistas y enfrentándose a las tropas del duque de Angulema. Apresado en Olmos de Peñafiel (Valladolid) sería ajusticiado el 20 de agosto de 1824.

También luchó en las provincias de Guadalajara y Cuenca el general don Pedro Villacampa, militar de profesión que llegaría a alcanzar durante la guerra el empleo de teniente general y la Cruz Laureada de San Fernando. Villacampa había conseguido agrupar a las partidas de Aragón y formar con ellas una división, con la que colaboró en ocasiones con "El Empecinado".

Entre las acciones protagonizadas por "El Empecinado" se encuentra la que el 23 de marzo de 1811 tuvo lugar en la provincia de Guadalajara en el puente sobre el Tajo que unía Sacedón y Auñón. En una fría mañana de lluvia y viento, tuvo que cruzar el río para atacar desde una de las orillas a la guarnición francesa que defendía el puente, mientras el general Villacampa lo hacía desde la otra. Seguidamente tuvo lugar un duro combate cuerpo a cuerpo, en el que el enemigo tuvo más de cien bajas, entre ellas la del coronel Louis Joseph Hugo, hermano del general Hugo antes mencionado, que resultó herido. En esta acción intervino también la partida de José Martínez de San Martín.

La partida de "El Empecinado" no sólo cosechó victorias sino también fracasos, resultando diezmada en algunas ocasiones. Fue su peor derrota la que el 7 de febrero de 1812 tuvo lugar en El Rebollar, cerca de Sigüenza, en la que, debido a la traición de "El Manco", quedó casi destruida, al hacérsele más de mil prisioneros, teniendo "El Empecinado" que arrojarse por un despeñadero para salvarse.

EL MARQUÉS DE LAS ATALAYUELAS

Don Diego Antonio de León y González de Canales había sido coronel del Regimiento Provincial de Bujalance, con el que había intervenido, siendo ya brigadier, en las batallas de Bailén, Almonacid y Ocaña. Fue nombrado comandante militar de Cuenca en 1809, tras el saqueo de la ciudad por los franceses, y al año siguiente se le encomendaron los cargos de gobernador militar de la provincia de Cuenca y presidente de su Junta. Solía operar tomando como base Sacedón, dominando la cuenca del Guadiela y las comunicaciones de Cuenca con Molina de Aragón -entonces perteneciente a esta provincia- y Guadalajara.

JUAN PALAREA BLANES "EL MÉDICO"

Aunque nacido en Murcia, el inicio de la guerra le sorprendió ejerciendo en Villaluenga de la Sagra (Toledo) su profesión de médico, que abandonaría en julio de 1809 para ponerse al frente de una partida de tan solo once hombres a caballo, por él creada. Reconocido su mando en el mes de septiembre, se le concedió el empleo de alférez de Caballería.

En abril de 1811 obtuvo el empleo de comandante de húsares y al mes siguiente su partida pasó a convertirse en el Escuadrón de Húsares Francos Numantinos; en septiembre de 1811 alcanzó el empleo de coronel y en diciembre de 1814 el de brigadier.

Al terminar la contienda continuó en el Ejército, pero sus ideas liberales le ocasionaron graves problemas, teniendo que emigrar al extranjero. A la muerte de Fernando VII pudo regresar a España, donde intervino en la guerra contra los carlistas, en la que ganaría el empleo de mariscal de campo, la Cruz Laureada de San Fernando y la Gran Cruz de la misma Orden. Por su participación en el asalto al Palacio Real de Madrid en el mes de octubre de 1841 sería juzgado y condenado a prisión, en la que fallecería al año siguiente.

De las innumerables acciones en las que intervino, a la que él mismo concedió mayor importancia fue a la que tuvo lugar en Yuncler (Toledo) el 19 de octubre de 1810, en cooperación con las partidas de "El Viejo de Seseña", Martínez de San Martín y Casimiro Moraleja. En esa ocasión, al mando de 270 caballos atacó a 140 granaderos que escoltaban un convoy de 80 carros, produciéndoles 40 bajas y obligando al resto a refugiarse en la ermita de Yuncler, donde se defendieron por espacio de cinco horas, dando tiempo a que acudieran en su ayuda las guarniciones de Illescas, Yuncos, Cabañas y Olías, con efectivos seis veces mayores que los de "El Médico", los cuales fueron rechazados en dos ocasiones. Incendiada la ermita por los españoles, se vieron obligados a abandonarla los franceses, ninguno de los cuales salvó la vida. Por este hecho solicitaría la Cruz de San Fernando, pero, aun dependiendo del Ejército de la Izquierda, al actuar aisladamente el jefe del mismo no pudo avalar dicha solicitud, por lo que no le sería concedida.

JOSÉ MARTÍNEZ DE SAN MARTÍN

Fue también médico, como Palarea. Organizó una partida en la provincia de Cuenca, de la que fue nombrado gobernador militar. En 1810 había alcanzado ya el empleo de coronel y en agosto, tomando como base su partida, organizó el Batallón de Voluntarios de Alcaraz, con el que siguió luchando en Cuenca.

Una de las hazañas más importantes libradas por este guerrillero fue la que tuvo lugar el 4 de agosto de 1811. En ese día, la columna móvil de Villanueva de los Infantes, al mando del barón Kruse, entró en Villarrobledo y exigió 100 carros de trigo. Con otros 300 que llevaba pasó al día siguiente a San Clemente y Minaya, donde tras cargar el grano volvió el 6 a Villarrobledo, para a continuación marchar a La Roda, donde había exigido 2.000 fanegas de grano. El coronel Martínez de San Martín, comandante militar de La Mancha, decidió atacarle con tropas de los Regimientos de Guadix y Fernando VII, Lanceros de Alcaraz y hombres de la partida de Francisco Abad, situándose el día 7 en las inmediaciones de Villarrobledo. El enemigo avanzaba hacia Villanueva de los Infantes por el camino de Osa de Montiel, cuando sufrió el ataque a orillas del río Córcoles, entrando en posición en el sitio llamado Montecico de Corta Piernas, de donde fue desalojado por la infantería, perdiendo 100 hombres y 300 carros de grano. Los guerrilleros que le persiguieron se apoderaron del resto del convoy, consiguiendo regresar a Infantes solamente 150 franceses de los 400 que habían salido.

VENTURA JIMÉNEZ

Era un rico labrador de Mora (Toledo) cuando organizó con sus trabajadores y un grupo de jóvenes una partida a la que denominó de Observación de la Izquierda del Tajo. Luchó en la batalla de Almonacid, recibiendo tras ella el empleo de capitán de Caballería.

Participó en numerosos combates contra los franceses en la provincia de Ciudad Real, hasta que el 17 de junio de 1810, al atacar al enemigo junto al puente de San Martín en Toledo, se le desbocó el caballo y fue arrastrado hacia los franceses, que le rodearon y le hirieron de dos cuchilladas y un tiro. Pudo ser rescatado por su segundo, Juan Gómez, que le llevó a Los Navalucillos para ser curado, pero no pudo recuperarse y falleció días después. Tras la muerte de Juan Gómez, la partida pasaría a ser mandada por Manuel Adame “El Locho”.

Al lado de Ventura Jiménez combatió una mujer, Francisca de la Puerta, que más tarde se alistó en Extremadura en la partida de Toribio Bustamante y que terminaría la guerra con el empleo de alférez, con el que sirvió en Cartagena.

FRANCISCO ABAD MORENO "CHALECO"

Nacido en Valdepeñas, se echó al monte para vengar a su madre y hermano, muertos por los franceses durante el ataque a esta población el 6 de junio de 1808.

Tras combatir formando parte de las partidas de José Cacho y José Miguel Villalobos, formó la suya en 1810, con la que recorrió los campos de La Mancha, siendo testigos de sus hazañas las poblaciones de Villanueva de los Infantes, Valdepeñas, Consuegra, La Solana, Osa de Montiel, Santa Cruz de Mudela y otras muchas. Llegó a mandar el Escuadrón de Húsares de Valdepeñas

El 25 de marzo de 1812 se hallaba en Campo de Criptana con parte de sus escuadrones y el de Húsares de Camuñas, cuando tuvo noticia de que un escuadrón de dragones enemigos había entrado en Villafranca. Se puso en marcha y llegó al lugar por la noche, teniendo un enfrentamiento con las fuerzas pertenecientes a la columna volante de Consuegra, a la que obligó a salir del pueblo y a dirigirse por el camino de Camuñas, arrojándose la partida contra ellos y dejando sembrado de cadáveres franceses el campo. Trató el enemigo de protegerse en el fuerte de Consuegra, pero sólo pudieron hacerlo cuatro dragones, siendo apresado el jefe de la columna junto a Madridejos. Balance fue: 39 muertos, 48 prisioneros y 87 caballos. En el mes de septiembre siguiente obtuvo el empleo de coronel.

A la órdenes de "Chaleco" servían los guerrilleros Juan Vacas y Eugenio Sánchez, quienes en septiembre de 1811, al mando de algunos Húsares Francos de la partida de Abad y de un grupo de guerrilleros, penetraron en Almagro y apresaron al corregidor de esta población, capitán retirado, que tenía atemorizada a la comarca y que fue juzgado en consejo de guerra y fusilado.

De ideas liberales, Fernando VII le apartó del servicio en 1817, siendo tres años después apresado y condenado a muerte, pudiendo salvarse al triunfar el levantamiento de Riego. A continuación fue ascendido a brigadier y nombrado comandante general de La Mancha, donde se enfrentó al absolutista Manuel Adame.

Al caer el régimen liberal fue acusado y condenado de nuevo a muerte, pero esta vez sí se cumplió la sentencia, siendo ahorcado en Granada el 21 de septiembre de 1827.

FRANCISCO SÁNCHEZ "FRANCISQUETE" O "TÍO CAMUÑAS"

Natural de Camuñas (Toledo), organizó una partida junto con uno de sus hermanos, que fue muy pronto apresado y ahorcado por los franceses, contra los que luchó sin clemencia.

Situado sobre el camino real entre Madridejos y Despeñaperros, llegó a interceptar hasta 27 correos del enemigo. En los años siguientes se enfrentó a los franceses en Santa Cruz de la Zarza, La Guardia, Puerto Lápice, Lillo, Tomelloso, Campo de Criptana y Consuegra.

Rendido por tanto combate y sufriendo una dura persecución del contrario, en el mes de octubre buscó descanso con su partida en Belmonte. Enterado de ello los franceses, el día 13 el general D'Armagnac cercó la población, resultando herido y apresado durante el combate y días después fusilado.

Le sucedería en el mando Manuel Hernández "El Abuelo", propietario de Madridejos y llamado así por su avanzada edad.

ISIDORO MIR

El escribano don Isidoro Mir, natural de Extremadura, tuvo a lo largo de la guerra actuaciones muy destacadas al frente de su partida, Los Cazadores de África, llegando a alcanzar el empleo de brigadier.

MANUEL HERNÁNDEZ "EL ABUELO"

Llamado así por su avanzada edad, era un propietario de Madridejos cuando le llegó la noticia de la muerte de "Francisquete", decidiendo vengar su muerte con la partida que organizó en esa población.

EL FINAL DE LA GUERRA

El último hecho de guerra de importancia sucedido en la Región y que merece ser reseñado, fue el que tuvo lugar el 26 de marzo de 1813 en el puente sobre el río Algodor, a siete kilómetros de Los Yébenes.

En ese día, la columna al mando del comandante don Mariano Villa Pérez, formada por dos compañías del Regimiento de Cataluña, con un total de 200 hombres, y 120 jinetes del Escuadrón de Lanceros de Ubrique, que por Ciudad Real y Malagón se dirigía hacia Orgaz (Toledo) con el fin de comprobar la retirada del enemigo, dejó las dos compañías de fusiles en el puente de San Andrés sobre el río Algodor, mientras el Escuadrón continuaba su camino hacia Orgaz.

Antes de llegar a esta población fueron sorprendidos y cargados por 800 caballos pertenecientes al Regimiento de Cazadores número 21 y al de Húsares número 2 del ejército de Soult, que le persiguieron y obligaron a retirarse hasta el citado puente, donde los fusileros abrieron fuego sobre los franceses, consiguiendo detener sus ataques durante tres horas, hasta que no tuvieron más remedio que retirarse.

El Regimiento de Cataluña solamente tuvo dos heridos, pero el escuadrón perdió la tercera parte de su fuerza durante las sucesivas cargas que le hizo el contrario hasta que se tomó el puente.

Informado el general Wellington de este hecho, lo comunicó al Consejo Supremo de la Guerra, quien lo consideró como distinguido, siéndoles concedida la Cruz Laureada de San Fernando al comandante Villa, a los capitanes don Juan Piñeiro Fariña, del Regimiento de Cataluña, a don Francisco Saliquet Lafita, de Lanceros de Ubrique, y al soldado don Juan Vivó, también del Regimiento de Cataluña.

En la noche del 10 al 11 de diciembre de 1813 se firmaba el Tratado de Valençay, por el que Napoleón reconocía a Fernando VII como Rey de España. El 19 salía de San Fernando la Regencia del Reino y días después llegaba a Madrid tras atravesar las poblaciones de Santa Cruz de Mudela, Manzanares, Madridejos, Tembleque y Aranjuez. Nuestra Región se veía por fin libre de los horrores de la guerra.